



I Olimpiada filosófica de Castilla y León

Curso 2005-06

Ensayos de la fase final

Valladolid, 1 de Abril de 2006

Web: <http://olimpiada.boulesis.com>

Índice

Prólogo.....	3
Ejercicio propuesto en la fase final.....	4
Silvia Caballero Mancebo	5
Primer puesto de la I Olimpiada filosófica · IES Jorge Manrique, Palencia	
Eliana Díez Campos.....	7
Segundo puesto de la I Olimpiada filosófica · IES Padre Isla, León	
Manuel de la Torre García	8
Tercer puesto de la I Olimpiada · IES Campos Torozos, Medina de Rioseco (Valladolid.)	
Rebeca Arévalo Seco.....	10
IES Antonio García Bellido, León	
Jesús Barrio Caamaño	12
IES Sahagún, Sahagún (León)	
Laura Barbadillo de Mena	13
IES Margarita de Fuenmayor, Ágreda (Soria)	
Carlos Corrales Benítez	14
Colegio Marista La Inmaculada, Valladolid	
Delia González Escudero.....	16
IES Fray Pedro de Urbina, Miranda de Ebro (Burgos)	
María Cristina González García	17
IES Antonio García Bellido, León	
Diego Iglesias Febrero	19
IES Jorge Manrique, Palencia	
Andrea López Quintana	21
IES Martínez Uribarri, Salamanca	
Víctor Manuel Navarro Poncela	22
IES José Zorrilla, Valladolid	
María del Río Herrero	23
IES Ramos del Manzano, Vitigudino (Salamanca)	
Ana San Sebastián Blanco	25
Escuela de Arte, Salamanca	
Patricia Soria Revuelta	26
IES María Moliner, Laguna de Duero (Valladolid)	
Macarena Velasco Muñoz	28
Colegio Pinoalbar, Valladolid	

Prólogo

En estas páginas aparecen recogidos los ensayos de los 16 finalistas de la I Olimpiada filosófica de Castilla y León. Si por algo destacan todos ellos es por un valor positivo que aparece también en nuestras sociedades: la pluralidad. Y una pluralidad, podría decirse, dialogada y razonable. Ningún ensayo de los que aparecen a continuación piensa que todo lo que se deriva de la ciencia sea inmediatamente positivo, como si ésta impusiera su sello de calidad sobre todos sus logros. Pero tampoco ninguno de los textos afirma que todas las producciones e investigaciones científicas sean nefastas para el género humano. Evitando los extremismos, cada uno de los finalistas ha tratado de expresar sus propios puntos de vista argumentándolos de formas bien distintas.

Y decía arriba que podrían ser ensayos dialogados porque abordando problemas parecidos nos hacen ver las ventajas y los inconvenientes tanto de la investigación científica como del desarrollo tecnológico. Siempre desde el respeto por las ideas ajenas, por aquellos que pueden pensar distinto, algunos de los trabajos expresan su confianza en que la ciencia nos traerá un mundo mejor, mientras que otros exigen de la investigación el respeto a unos valores esenciales que, desde su punto de vista, están siendo ignorados en nuestras sociedades. Si

ellos escribieron desde la pluralidad y la tolerancia, creo que esto es lo que tenemos que pedir al lector de estos ensayos. Los finalistas de esta primera edición de la Olimpiada nos han dado a todos una pequeña radiografía de las posiciones sociales respecto a la ciencia y la tecnología: aprovechémosla para continuar con esta reflexión (por qué no aprovechando los textos escritos por alumnos) dentro de nuestras aulas, pues sólo a través del diálogo se verá cada uno empujado a la reflexión y la argumentación, y lograremos todos arrojar algo de luz sobre la cuestión planteada.

Después de esta Olimpiada ha quedado algo claro: hay un enorme potencial filosófico que merece una respuesta positiva por parte de todos: profesores, alumnos y padres. Pensar y escribir es hacer filosofía. Compartirla con los demás, y argumentar es llevarla a la práctica, como hicimos todos los que acudimos el día 1 de abril a la final. Dejemos que la ciencia y la tecnología progresen. Contribuyamos como profesores de filosofía, y como filósofos-ciudadanos, a que esta presencia de la ciencia y la tecnología en nuestra sociedad se vea acompañada siempre de una filosofía atenta, activa y participativa. Eso, y no otra cosa, es la filosofía, y así lo demostraron los alumnos el día 1, tal y como atestiguan los ensayos que podéis leer a continuación.

No olvides visitar nuestra web:
<http://olimpiada.boulesis.com>

Ejercicio propuesto en la fase final

Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Valladolid

Valladolid, 1 de abril de 2006

En 1750 el filósofo francés Jean-Jacques Rousseau ganó el premio ofrecido por la Academia de Dijon con un ensayo titulado «Discurso sobre las artes y las ciencias». Fue su primera obra importante. Como ves, la tradición de los concursos filosóficos es antigua y ha servido para descubrir el talento de importantes pensadores. La Academia de Dijon propuso a los filósofos de la época el siguiente problema: ¿El progreso de las ciencias y de las artes contribuye al progreso moral? Esta cuestión que preocupaba entonces nos sigue preocupando ahora. Con un lenguaje más actual podríamos plantearla así:

¿Crees que el progreso científico y tecnológico de nuestros días favorece o dificulta el progreso ético, estético y social?

La pregunta es muy amplia, así que puedes centrarte en cualquiera de los aspectos que incluye. Por ejemplo: ¿Crees que el desarrollo científico y tecnológico está produciendo una sociedad más justa y más segura? ¿Crees que la ética se ve favorecida por el desarrollo de la ciencia y la técnica?, ¿podrías discutir esta cuestión en relación con un caso concreto, como la investigación con células madre embrionarias o la clonación humana? ¿Crees que las formas actuales de la violencia, desde la violencia doméstica hasta el terrorismo, se han visto favorecidas por el progreso científico y tecnológico?, ¿tal vez la violencia humana es completamente independiente del progreso científico y tecnológico, o incluso puede que éste suponga un freno para la misma? Y en el terreno estético, ¿qué relaciones observas entre ciencia y arte?, ¿crees que también en arte, como en ciencia y tecnología, podemos hablar de progreso? Por supuesto, no hay que responder a todas estas preguntas. Incluso puedes plantear y abordar otras distintas de las que aquí se proponen. Lo importante es que tu ejercicio trate sobre la cuestión de la relación entre el progreso científico-tecnológico y el progreso humano en general (progreso ético, social, estético...)

Silvia Caballero Mancebo

Primer puesto de la I Olimpiada filosófica · IES Jorge Manrique, Palencia

La ganadora de la Olimpiada nos presenta posibles aplicaciones negativas de la ciencia, pero también encuentra consecuencias positivas en el desarrollo de la medicina y de diferentes líneas de investigación de la biología. Concluye apelando a la necesidad de estar a la altura de nuestros tiempos: no podemos negar o ignorar el progreso, pero sí reflexionar sobre la forma en que deseamos desarrollarlo.

Hoy en día, la validez del progreso científico ha sido y está siendo muy cuestionada, en el sentido de que no se sabe si en un futuro más o menos cercano todos estos avances del mundo tecnológico, y de la ciencia en general, se volverán contra nosotros. Esto es, ¿algún día nos arrepentiremos de lo que hemos creado, descubierto o plasmado en un lienzo o en un papel?

Seamos conscientes de ello o no, estamos viviendo una época dorada para la ciencia: los avances están a la orden del día, nuevos proyectos de investigación se están desarrollando con una rapidez asombrosa, nuevos e inverosímiles aparatos se exponen en las, cada vez más numerosas, ferias de tecnología. Pero la cuestión es si, en realidad, estos avances mejoran la sociedad, o simplemente, permiten a una determinada persona, gozar de unas determinadas condiciones.

Esto último es lo más evidente y lo que inmediatamente pensamos cuando, por ejemplo, nos muestran un novísimo y modernísimo teléfono móvil o una nueva consola. Muchos de estos aparatos aíslan al individuo de la sociedad, porque crecen alrededor de éste, un mundo tan “perfecto” que ya no necesita de nadie más, o eso cree.

Otra cuestión que surge de todo esto es si todo esto ha sido creado porque lo necesitamos, o, por el contrario, lo necesitamos porque lo han creado. Hace unos años prácticamente nadie contaba con un teléfono móvil entre sus pertenencias de primera necesidad, sin embargo ahora ¿quién no sale de casa sin un teléfono móvil? Esta moda se ha visto reforzada y apoyada por

los jóvenes, quienes cada vez más pequeños acceden a estos servicios. Los teléfonos móviles, por seguir con este ejemplo, son útiles, nadie lo duda, pero el verdadero problema está en la absoluta dependencia que tiene mucha gente, y no sólo jóvenes, de estos aparatos que, por otro lado, no sólo sirven para comunicarnos: últimamente hemos sido testigos de una oleada de denuncias sobre vídeos violentos que se sirven de los móviles para su difusión. Pero ¿es ésta la verdadera utilidad de un móvil? He aquí el meollo de la cuestión: la mayoría de los avances fueron creados para paliar una cierta necesidad, que ahora se ha convertido en una necesidad creada y para nada real. Sin embargo, todas estas aportaciones han sido modificadas hasta tal punto que su primera utilidad ha sido relegada a un segundo plano.

Por seguir con la última cuestión planteada, en este caso la ciencia nos ha dado un revés: tanto por vía Internet como por los teléfonos móviles, se difunden cantidad de imágenes o vídeos sumamente violentos que son difícilmente interceptables. En este caso, no hemos podido prever las consecuencias de lo que se ha puesto a disposición de la mayor parte de la sociedad.

Pero la ciencia también avanza en otros aspectos, más relacionados con la persona. No hace mucho tiempo, unos meses atrás, hemos sido testigos de la aprobación en España de una reforma a la ley de reproducción. En esta nueva ley se recogen ciertas mejoras para aquellos que necesitan de la reproducción asistida para poder

ser padres. Un aspecto bastante polémico, que ha suscitado ciertos revuelos en algunos sectores de la sociedad, es el aumento del número de embriones que se puede utilizar en un mismo proceso. Por supuesto, y como todo, esto tiene ventajas, no sólo inconvenientes. La primera duda que surge es el hecho de que si se ponen a disposición más embriones, también habrá muchos más que se tendrán que almacenar durante esos cinco años permitidos, pero también incrementan la eficacia del proceso.

El problema ético y moral reside en qué se debe hacer con estos embriones que no han sido utilizados. Lo primero es almacenarlos, obviamente, durante ese período de cinco años. Pero una vez que se acaba este tiempo, estos embriones se tiran. Y este es el dilema: ¿se deben tirar como desechos o, como mucha gente piensa, es una aberración tirar seres humanos? Ante esto, se han abierto varios frentes de opinión: aquellos que piensan que no son seres humanos todavía y que estos embriones podrían tener una utilidad, por ejemplo en la investigación con células madre, y otros que

“Lo queramos o no, el tiempo avanza y con él la sociedad y la ciencia, y no debemos anclarnos en un pasado costumbrista que, si bien es cierto, casi hemos conseguido dejar a un lado. No debemos temer al progreso, pero no debemos descontrolarlo si queremos estar orgullosos de la sociedad que día a día y persona a persona estamos construyendo”

opinan que son seres humanos, pero que no dan solución al problema de su almacenamiento.

Uno de los argumentos que éstos plantean es que no es ético desechar embriones, pero tampoco lo es usarlos para la investigación. Y yo me pregunto: ¿es que no es ético ni moral usar embriones, que van a ser tirados, para investigar y sí lo es dejar que muera gente que, gracias a estos avances médicos y genéticos, podrían salvarse? El problema es que la gente tiene miedo,

miedo a lo desconocido, miedo a jugar a ser Dios, pero esto no lo es. No hablamos de crear un Frankenstein actual, sino de mejorar la calidad de vida y la salud de mucha gente que lo necesita.

Evidentemente esto es un tema que no ha de tomarse a la

ligera, pero tampoco hay que dejarlo pasar. Lo queramos o no, el tiempo avanza y con él la sociedad y la ciencia, y no debemos anclarnos en un pasado costumbrista que, si bien es cierto, casi hemos conseguido dejar a un lado. No debemos temer al progreso, pero no debemos descontrolarlo si queremos estar orgullosos de la sociedad que día a día y persona a persona estamos construyendo.

Eliana Díez Campos

Segundo puesto de la I Olimpiada filosófica · IES Padre Isla, León

La autora relaciona el desarrollo científico y tecnológico con la formación y educación recibida en cada sociedad respecto a su uso, y realiza un recorrido histórico en el que descubrimos aspectos positivos y negativos de la ciencia. En su conclusión nos invita a pensar en el concepto de progreso, ampliando el científico y el tecnológico hacia otros parámetros como el progreso moral.

Es una pregunta sencilla, pero quizás de difícil respuesta o, por lo menos, de amplias respuestas. Se me pregunta por el progreso pero, ¿qué es el progreso?... Creo que el progreso es un avance y en muchas ocasiones va dado de la mano de la tecnología y los avances científicos.

Creo que el progreso, en todos los campos, ha variado desde el principio de los tiempos, por la sencilla razón de que ahora, en pleno siglo XXI no pensamos ni actuamos de la misma manera que los que hicieron sus reflexiones en los primeros siglos de nuestra era. Al tratarse de un proceso evolutivo en la manera de reflexionar el ser humano, nos encontramos en tales progresos una amplísima gama de circunstancias que favorecen, o no, su desarrollo. Cualquier progreso está vinculado a toda una sociedad que, supuestamente, se beneficiaría de tal cosa, pero siempre encontrará dificultades

de tipo religioso, por cuestión de costumbres, cultura o la propia ética y moral. Tal sería el caso de la clonación, la investigación de células madre y hasta el propio derecho a decidir si abortar o no. En cualquier caso nos encontra-

remos todo tipo de trabas: la Iglesia no aprueba el aborto, los gobiernos no se deciden o dudan sobre un tema tan “delicado” como es la clonación y un gran espectro de la población mundial no tiene muy claro, o no sabe, qué es exactamente el proceso de investigación con células

madre. Entonces, si algo beneficioso para curar muchas enfermedades genera tanta polémica, ¿no será más que un problema de progreso el de una buena educación o una buena información? Está claro que de ninguna manera se podría progresar científicamente si todo lo beneficioso que aporta no viene acompañado de una buena crisis de pensamiento, cultura e información, sobre todo teniendo en cuenta que esos supuestos beneficios son para muchos pero que sólo dominan o entienden unos pocos.

Quizás estemos viviendo unos tiempos en los cuales todo va demasiado rápido: en 100 años hemos superpoblado el planeta, hemos llegado a la luna, hemos conocido a la oveja Dolly y su prematura muerte, hemos conocido el famoso “Gran hermano”, podemos controlar casi la vida y la muerte, generamos fármacos y

armas de destrucción masiva, navegamos por Internet, volamos, conocemos Marte aunque sólo sea por fotos, conocemos la guerra y la paz, tenemos democracia, clases sociales y... en fin, tantas miles de cosas que pueden plantear otros tantos miles de

dilemas éticos y morales, que me pregunto a mí misma: progreso sí, ¿pero no va más rápido que lo que nuestra mente y sociedad pueda abarcar?

En unos casos la ciencia y la tecnología nos ayudan, pero en otros somos nosotros quienes les damos un mal uso y la sociedad puede que

“En unos casos la ciencia y la tecnología nos ayudan, pero en otros somos nosotros quienes les damos un mal uso y la sociedad puede que no esté preparada para tanta velocidad de cambio y pensamiento, aunque ella crea que sí.”

no esté preparada para tanta velocidad de cambio y pensamiento, aunque ella crea que sí. Me pregunto hasta qué punto puede llegar ese progreso, nuestro progreso. Hemos pasado de ser esclavos de los poderosos hasta perpetrar asesinatos como el de JFK en Dallas, lo cual indica que también progresamos e inventamos nuevas formas de tortura y muerte, aunque de la misma manera también podemos crear verdaderas maravillas, como para mí lo serían el *David* de Miguel Ángel o la *Gioconda* de Leonardo da Vinci, las cuales no se habrían podido llevar a cabo sin el progreso técnico de aquel entonces, como el tratamiento del mármol de Carrara, la técnica escultórica o la aplicación de pintura a un lienzo o tela. El progreso técnico nos ha ayudado a vivir en casas y no en cuevas, a hacer “zapping” y estar informados a través de la “caja tonta” o visitar recintos arquitectónicamente tan bellos, útiles y eficaces como la Ciudad de las Ciencias de Valencia.

Son muchos los puntos y temas que se podrían abordar acerca de este progreso en la sociedad y en el mundo, pero no soy una máquina y no puedo recordar los miles de datos que han

sucedido a lo largo de la Historia antigua y la contemporánea, por tanto, mis comparaciones serían escasas en comparación al extenso volumen que podría alcanzar y, si he de responder a la pregunta del principio, podría responder tres cosas: sí, pero con reservas y cuidado; no, no sabemos hasta dónde podemos llegar; o tal vez, desde un punto diferente.

Si he de concluir de alguna manera, primero pediría una buena explicación y definición sobre lo que es progreso; luego, haría un análisis de la evolución del mundo hasta el día de hoy y, posteriormente, me atrevería a dar mi opinión sin que a nadie le moleste o hiera y opino que (porque las opiniones no hacen daño) progresar es bueno pero con reservas. Pero, ante todo, progresar mentalmente es mucho más importante que cualquier otra cosa ya que ¿de qué nos sirve poseer la tecnología y la inteligencia y el potencial que ninguna civilización ha desarrollado jamás, si no sabemos utilizarla, al menos, para un buen fin? Pensemos un poquito y hagamos como el refrán: “vísteme despacio que tengo prisa”.

Manuel de la Torre García

Tercer puesto de la I Olimpiada · IES Campos Torozos, Medina de Rioseco (Va.)

El autor destaca el abismo económico y cultural que el desarrollo científico y tecnológico está creando en el mundo actual. Aboga por la filosofía como instancia crítica, y defiende un progreso equilibrado y proporcional, sin excluidos. En esta tarea crítica y reflexiva, piensa el autor, el arte puede jugar un papel fundamental, al ayudarnos a cuestionar la realidad que nos rodea.

¿Favorece el desarrollo científico y tecnológico a la formación de una sociedad mejor? En mi opinión, creo que no. A medida que se va produciendo un constante desarrollo de la ciencia y la tecnología, nos estamos adentrando cada vez más en una sociedad guiada por el consumismo y el poder y donde sobrevive el más fuerte.

Este progreso científico, en mi opinión, está distanciando cada vez más a los países desarro-

llados de los subdesarrollados, todos los hombres poderosos de grandes países intentan imponer su cultura y sus leyes, exprimiendo a los países subdesarrollados con un único objetivo: el poder.

Sin embargo, este proceso científico y tecnológico se tiene que dar en el mundo ya que tiene muchos aspectos positivos, como mejorar nuestra calidad de vida, más seguridad en las calles, centros educativos, hospitales...

Pero estos aspectos positivos sólo se dan en los países desarrollados, por lo tanto, si la sociedad sigue por el camino del poder y por la ley del más fuerte, lo único que vamos a conseguir es hundir cada vez más a los países subdesarrollados. Este progreso debería darse también en los países más pobres y con menos recursos para que ellos también tengan la oportunidad de vivir en paz, con una casa donde vivir, un trabajo digno para poder dar de comer a los suyos y unos centros educativos donde los niños puedan aprender lo mismo que hoy aprenden los niños del “primer mundo”. Esta sociedad no lleva un buen rumbo y quizás la filosofía podría ayudar a reflexionar críticamente a los poderes más grandes del mundo para que actuaran mirando un poco más por los demás, donde todos podamos ser iguales y el poder y el dinero no marquen los distintos niveles sociales.

Partiendo de esta idea de que con el poder y con el dinero puedes ser “alguien”, tenemos un ejemplo muy claro con la investigación con células madre embrionarias, mediante las cuales, los que tengan un mayor poder económico podrán tener hijos a su antojo, dotándoles de las características que ellos deseen. Este uso de las células madre me parece una absoluta barbaridad.

La idea de poder tener hijos “a la carta” se nos tiene que quitar de la cabeza. El problema es que la gente con dinero y con poder va a poder hacerlo y nadie se lo va a impedir. Por eso la filosofía debería “mojarse” para intentar provocar una reflexión autocrítica para que la gente se dé cuenta de que esto no es un avance, sino un “capricho” más de los poderosos. Sin embargo, hay otro uso de las células madre que sí que puede significar un avance en la sociedad y en la calidad de vida, como es el uso de estas células madre para curar enfermedades genéticas.

Esta investigación con células madre podría salvar vidas, curando enfermedades mortales como el cáncer. Por tanto, si este uso de las células madre es en beneficio de la humanidad, ¿por qué hay gente que se opone? No lo entiendo, esto debería suponer un gran paso adelante para mejorar la salud y el bienestar de la población. Otras posibles aplicaciones, como la idea de tener un hijo para poder salvar a otro, puede parecer un absurdo, pero puede significar también un gran avance.

Centrándonos en otra cuestión, como es la de si la violencia puede estar propiciada por este desarrollo de la sociedad, yo opino que es así. Como decía antes, nos estamos adentrando en

una sociedad muy consumista, donde ya no hay valores humanos, ni moral, ni ética, donde el mejor es el que más tiene. Y esto puede provocar casos de violencia, sobre todo la violencia entre los más jóvenes, donde el que más tiene se cree mejor que los demás y por eso “tiene de-

recho” a humillar e incluso a pegar a los más débiles. Además, como decía antes, nuestras sociedades se rigen por la ley del más fuerte, otra causa más de la separación entre países ricos y países pobres.

Por último, quisiera referirme también al desarrollo del arte. Esta rama de la ciencia puede ser la que logre un desarrollo ligado a la filosofía, y la que nos puede ayudar a reflexionar un poco más sobre los problemas que presenta la sociedad en que vivimos. Además, el arte es una forma de expresión magnífica, donde el autor, sobre todo con las pinturas, nos invita a reflexionar y a sacar ideas y conclusiones de una pintura a la que, a primera vista, puede que no encontremos sentido alguno. Desde mi punto de vista, la filosofía sí puede estar relacionada con el arte, sobre todo con el arte moderno, en el aspecto

“La idea de poder tener hijos “a la carta” se nos tiene que quitar de la cabeza. El problema es que la gente con dinero y con poder va a poder hacerlo y nadie se lo va a impedir. Por eso la filosofía debería “mojarse” para intentar provocar una reflexión autocrítica para que la gente se dé cuenta de que esto no es un avance, sino un “capricho” más de los poderosos.”

de la reflexión, y tal vez juntando los ideales de la filosofía y las formas de expresión del arte, se podría suscitar a una reflexión crítica de cada

uno y, lo que es más importante, a una reflexión social sobre qué aspectos del desarrollo científico y tecnológico son positivos y cuáles no.

Rebeca Arévalo Seco

IES Antonio García Bellido, León

La autora advierte del peligro de deshumanización que entrañan el progreso científico y tecnológico, y aboga por los sentimientos y la reflexión filosófica como formas de responder a la frialdad de la ciencia y la tecnología, y como condiciones necesarias para armonizar el llamado “progreso” con los “valores” morales.

“El hombre vive en riesgo permanente de deshumanizarse”. No es necesaria más que una fugaz mirada a todo aquel que me rodea y me acompaña en mis quehaceres diarios. ¿Cree usted que realmente me acompañan? Permítame dudarle... ¿Puedo, acaso yo, saber si aquel en quien depositas tu confianza sigue tus palabras atentamente, o, por el contrario, la era de la tecnología y el progreso ha ahogado su razón por completo? ¿Queda algo en su interior que no esté calculado, robotizado, o están tan vacíos que no saben cómo comenzar a pensar?

Somos la “generación de la informática”. Pero, ¿podemos decir que somos el futuro? ¿Podemos asegurar que el planeta en el que vivimos será el mismo después de nuestro paso por él? Permítame recordarle que la llamada “generación del futuro” está formada por personas que no consideran un futuro que vaya más allá del día en el que se encuentran; permítame decirle que esta generación se compone de seres que truncan las ilusiones de sus iguales, que destrozaron los sueños como si de un envoltorio de caramelo se trataran. Déjeme plantearme qué ocurrirá en el futuro si la tecnología continúa contribuyendo al desarrollo de personas como las que son capaces de humillar a sus propios compañeros en un aula. Eso no es progreso humano, es el deterioro de todos los valores que el término “humano” nos confiere por el hecho de su aplicación a nuestra persona. ¿En qué estamos pensando cuando usamos toda la tecno-

logía desarrollada para dañar el prójimo? ¿Nos queda un mínimo de respeto hacia quienes, como nosotros, viven en este planeta, o nos precipitamos inexorablemente a un proceso de involución? Desde luego, no podrán rebatirme que la llegada del siglo XXI y la robotización que ello ha supuesto, nos ha hecho mecanizar nuestros sentimientos, e incluso, olvidarnos de los pocos que teníamos. La falta de sentimientos, de tiempo para pensar las cosas detenidamente antes de actuar... Quizás éstas son las causas que más han acuciado a la historia universal. ¿Qué lleva al hombre al desarrollo de un arma química tan potente que, con un solo movimiento, puede destruir todo aquello por lo que tantas generaciones anteriores lucharon? O peor aún, ¿qué lleva al hombre a la destrucción del futuro? Puede encontrar muchas respuestas que sintetizaremos en una única: la falta de razón, de sentimientos quizá; pero, ante todo, la falta de amor.

La falta de un amor que está produciendo el vacío más oscuro en las mentes de quienes comienzan a poblar este país. La ausencia del amor a la naturaleza, el olvido (o quizá destierro) de la admiración por aquellos que día a día tratan de construir un mundo algo mejor, o tratan de crecer como personas. Quizá sea la costumbre a que otros decidan sobre nuestro futuro lo que ha hecho que cada minuto que vivimos sea parte de una mera representación teatral, de la que somos espectadores inmóviles, sin percatarnos de que es nuestra vida la que está escapando, sin

ser capaces de controlar el tiempo por mucho desarrollo científico-tecnológico que nos rodee.

Dígame, ¿de verás confía cada mañana en despertar y encontrar el mundo como lo dejó cuando le dio las “buenas noches”? ¿No le atemoriza lo que puede llegar a destruir la frialdad humana aunada con las máquinas más potentes? Hans Jonas comentaba que actuamos movidos por el miedo, antes que por cualquiera de los valores humanos que quizá ya no recordemos tener, pero cuya

presencia nunca nos ha abandonado... Ni nunca lo hará. Nuestro corazón siempre estará con nosotros. Nuestra mente también. Quizá es de lo único que podremos sentirnos dueños a lo largo de nuestra vida: de nuestro pensamiento. Él será el que nos muestre el camino para tratar de uni-

ficar “progreso” y “valores”. Él será el que nos ayude a ver más allá del presente, a construir el futuro; pero no un futuro cualquiera, el futuro que nosotros hubiéramos soñado tener por presente. Él será el que coja nuestra mano y nos conduzca hasta ese futuro en el que vivirán nuestros hijos, y entonces, sentiremos que estamos viajando en el tiempo, más allá de nuestro presente... Con sólo alimentar nuestra mente a diario, conseguiremos frenar la destrucción de un planeta que consideramos nuestro, y en el que la tecnología ha pasado a tener más importancia que la naturaleza; mientras, no ha mucho que nuestros antepasados vivían fascinados por la naturaleza e inmersos en ella.

Únicamente cuando aprendamos a escuchar esa voz de nuestra mente que ignoramos día a día, habremos llegado al fin del camino. De nuestro camino, del que habremos construido

“Únicamente cuando aprendamos a escuchar esa voz de nuestra mente que ignoramos día a día, habremos llegado al fin del camino. De nuestro camino, del que habremos construido con la máquina más potente jamás desarrollada: la razón humana. La voz que nunca nadie podrá controlar, la voz que ha de romper este silencio que asfixia todos los inventos desarrollados. La voz que deberá estar presente en nuestro quehacer diario y que nos dirá que somos algo más que un cuerpo robotizado: somos personas. La voz que aquellos que todavía soñamos con un mundo mejor, más humano, haremos oír en esta sociedad que se está quedando vacía de sueños, vacía de ilusiones; en la misma sociedad que está destruyendo todo aquello que le dio la vida, y que mantiene dicha vida “viva” a diario.”

con la máquina más potente jamás desarrollada: la razón humana. La voz que nunca nadie podrá controlar, la voz que ha de romper este silencio que asfixia todos los inventos desarrollados. La voz que deberá estar presente en nuestro quehacer diario y que nos dirá que somos algo más que un cuerpo robotizado: somos personas. La voz que aquellos que todavía soñamos con un mundo mejor, más humano, haremos oír en esta sociedad que se está quedando vacía de sueños,

vacía de ilusiones; en la misma sociedad que está destruyendo todo aquello que le dio la vida, y que mantiene dicha vida “viva” a diario.

El hombre tiende a preguntarse “¿qué ocurrirá?” Pero jamás se pregunta “¿qué vamos a hacer?”.

Indudablemente, usted no puede predecir si mañana

el mundo continuará en su mesilla de noche, ni si los gritos de ese mundo le despertarán y comenzará otro ocupado día alejado de todo lo que hasta ahora ha leído. No puedo hacer que usted cambie su vida. Pero estoy segura de una cosa... Sí puedo afirmar que usted ha pensado en ese cambio de vida, y, ante todo, en qué haría si el mundo fuera el de sus sueños. Por ello, puedo sentirme orgullosa de algo: de que en su mente haya nacido un fugaz rayo de esperanza que le lleve a plantearse si lo que tiene ante usted es lo que lleva esperando desde que comenzó a “esperar” y, si en el futuro podrá “esperar” que el ser humano escuche la voz que todos llevamos dentro, esa voz que rompe el frío silencio al que la tecnología nos puede conducir; la misma voz que en mi pluma reclama un nombre en esta sociedad: la filosofía.

El autor defiende los beneficios del progreso científico y tecnológico. Reconoce que puede entrañar peligros, haciendo referencia al mito de Frankenstein, pero afirma que el ser humano será capaz de evitar estas dificultades, y destaca la esperanza que la ciencia y la tecnología traen al ser humano, frente a un pasado que tiende a idealizarse o a ser juzgado de un modo parcial.

Estamos ante un debate bastante antiguo. Los avances, como casi todo en la vida, gustan a muchos y disgustan a otros tantos. Vemos un ejemplo muy claro en las opiniones de jóvenes y ancianos: Los ancianos siempre terminan haciendo comentarios del tipo “se vivía mejor...”, “estos cachorros modernos no hay quién los entienda...”, “en mis tiempos todo era más sencillo...” Esto, por supuesto, generalizando; también habrá ancianos que piensen lo contrario. Los jóvenes (también generalizando), la mayoría de las veces nos asustamos de la manera de vivir de nuestros más recientes antepasados. Para nosotros es muy difícil poder imaginar que hubo un tiempo en el cual los móviles y los ordenadores no existían, y también en el cual la libertad brillada por su escasez, seamos sinceros.

Bajo mi punto de vista, todo progreso es favorable, ya que se hace con la intención de facilitarnos la vida a los seres humanos. Los móviles o los ordenadores que antes citaba se han convertido en imprescindibles, así como todo tipo de electrodomésticos. Quizá la desventaja de estos avances sea que nos hacen ser más cómo-

dos y a la vez nos hacen estar más desprotegidos a la hora de un imprevisto. Antes, debido a la falta de medios, las personas estaban más alerta, y tenían más experiencia a la hora de “sacarse las castañas del fuego”.

Al hablar de este tema me viene a la cabeza la historia de Frankenstein. No tengo que contar el argumento, ¿no? Creo que es suficientemente conocida por todos. Pues en esta historia hay algo precioso y algo horrible. Lo bonito es darle vida

a alguien; como hizo el doctor con su criatura, pero lo horrible es el comportamiento de esa criatura, difícil de controlar. Así podíamos definir el progreso científico y tecnológico como algo nuevo, innovador, que nos trae esperanza y que en la mayoría de los casos nos ayuda y nos facilita la vida. Pero, como en el caso de Frankenstein, también tendrá unas inevitables consecuencias negativas.

Puede que a veces este progreso nos decepcione, pero si nos decepciona es porque esperamos algo de él, de “lo tradicional” y de “lo de toda la vida” pocas cosas se esperan, por no decir que no se espera nada.

“Pero claro, es más fácil echarle la culpa a los tiempos modernos que a la falta de libertad de aquellas épocas. Sinceramente, y para concluir, estoy muy orgulloso de la época en la que vivo, en la cual sabemos a qué atenernos, y sabemos también que quizás lo que para nosotros fueron sueños o ilusiones, ahora se convierten en realidad gracias a estos avances. Sí, puede que nos decepcionen, pero por lo menos albergan cierta esperanza y optimismo, algo imprescindible para vivir.”

Quiero comentar una noticia, a mi juicio muy interesante y acorde con el tema que tratamos. El 17 de enero de 2005, una anciana de 66 años daba a luz una niña. Chocante, ¿verdad? Esto fue gracias a un largo y complejo tratamiento científico. La noticia nos chocó a todos, desde luego, y todas las personas con las que hablé del tema estaban en total desacuerdo. Argumentaban que aquello era muy egoísta, que eso era edad de ser abuela... Pero creo que ninguno de los detractores se puso en el lugar de la anciana, cuyo único deseo era ser madre, y por circunstancias del destino no pudo cumplir su sueño hasta esa edad. Los avances científicos consiguieron que una persona cumpliera su sueño, creo que esto dice bastante de ellos.

Es una opinión muy subjetiva, pero estoy convencido de que hoy en día vivimos mucho más satisfactoriamente que en los tiempos de Franco, por ejemplo. Mi abuela me dice “sí, sí, mucho progreso, pero ahora hay mucha más violencia. Estas cosas tan horribles (violencia doméstica, abuso escolar...) no ocurrían antes”.

Lo siento por mi abuela, pero está completamente equivocada. ¿Qué pasa, que se asesinó por primera vez el año pasado? ¿En la época de Franco ningún marido puso una mano encima a su mujer? Otra cosa es que sí existiera este tipo de casos y que la gente no se enterase, debido a que la libertad para informar en los medios de comunicación estaba tremendamente condicionada, y querían hacer creer a través de ellos que estaban viviendo en un mundo ideal. Pero claro, es más fácil echarle la culpa a los tiempos modernos que a la falta de libertad de aquellas épocas. Sinceramente, y para concluir, estoy muy orgulloso de la época en la que vivo, en la cual sabemos a qué atenernos, y sabemos también que quizás lo que para nosotros fueron sueños o ilusiones, ahora se convierten en realidad gracias a estos avances. Sí, puede que nos decepcionen, pero por lo menos albergan cierta esperanza y optimismo, algo imprescindible para vivir.

Laura Barbadillo de Mena

IES Margarita de Fuenmayor, Ágreda (Soria)

La autora defiende una reflexión de tipo ético sobre el progreso de la ciencia. Ciertas investigaciones pueden cegarnos con sus promesas, de modo que desarrollemos líneas de investigación que pueden ir en contra del propio ser humano. El progreso científico no es tal si no se ve acompañado de un cuestionamiento ético y moral que marque los caminos por los que la ciencia puede discurrir.

En nuestros días, la investigación científica y técnica es algo esencial para el desarrollo de nuestra sociedad. Es así hasta el punto de que solemos identificar el progreso y la civilización de una sociedad con el desarrollo tecnológico de esta. Pero ¿hasta qué punto debe llegar el desarrollo? ¿Es moralmente correcta toda la investigación? ¿O es que ciencia y moral no son compatibles?

Para abordar estas preguntas nos ayudaremos de algún ejemplo. Actualmente, la investi-

gación con células madre embrionarias y la clonación se nos presentan como los grandes avances del siglo. Gracias a esto podremos evitar graves enfermedades. Visto así, desde el punto de vista científico es todo un progreso. Pero ¿y desde un punto de vista moral? No se nos puede olvidar que no sólo existe una investigación, sino con lo que investigamos. En este caso lo hacemos con células que podrían haber llegado a ser vidas humanas (o que quizás ya lo sean). En cualquier caso acabamos con una vida. Y ¿no es

el principal derecho el de la vida? En el caso de la clonación, se juega con la intimidad y la dignidad de una persona. ¿Es acaso esto un desarrollo ético? Quizás el problema es que nuestra sociedad valora más lo visible, lo material. Es el progreso por el progreso, pero claro, el material.

No nos damos cuenta de que la civilización no sólo consiste en tener, también en ser.

“Para terminar, creo que tanto ciencia como tecnología contribuyen en gran medida al desarrollo de una sociedad, que son necesarias para que no nos atasquemos. Pero no se nos puede olvidar que, por encima de todo, está la persona. Para que haya progreso científico, tiene que existir una ética. La ciencia no puede dificultar el progreso ético y social, sino que se tienen que complementar.”

Para terminar, creo que tanto ciencia como tecnología contribuyen en gran medida al desarrollo de una sociedad, que son necesarias para que no nos atasquemos. Pero no se nos puede olvidar que, por encima de todo, está la persona. Para que haya progreso científico, tiene

que existir una ética. La ciencia no puede dificultar el progreso ético y social, sino que se tienen que complementar.

Carlos Corrales Benítez

Colegio Marista La Inmaculada, Valladolid

El autor defiende una fundamentación humanista de la ciencia y la tecnología. El centro de ambas actividades no debe ser otro que la felicidad humana, algo que quizás no se encuentre en las sociedades actuales, en las que los individuos tienden a ser demasiado egoístas. El uso egoísta de ciencia y tecnología va en contra de presupuestos morales esenciales, por lo que debemos reconducir su desarrollo si queremos que la sociedad progrese en un sentido moral.

Relación entre filosofía y ciencia

La filosofía no es ciencia. La filosofía es un saber que no consta simplemente de la experiencia sensible, como lo hace la ciencia. La filosofía va más allá, preocupándose tanto de lo experimental como de lo que no lo es; de lo que es, e incluso del no ser.

Existen, por tanto, diferencias entre la ciencia y la filosofía. Sin embargo, al ser la filosofía un saber global que busca conocimientos sobre todo, y que engloba al resto de ciencias, debe por tanto preocuparse por los problemas surgidos en la ciencia y por su avance.

Filosofía y felicidad

Ya en la antigüedad se llegó a la conclusión de que el fin último de todo hombre es la búsqueda de la felicidad. Desde entonces, el problema se centró en dónde buscar la felicidad, lo que hizo que surgieran distintos sistemas morales muy diferentes entre sí. Los sistemas morales de Sócrates, Platón o Aristóteles son diferentes los unos de los otros, pero a la vez difieren enormemente de la visión de la felicidad que da Epicuro. Por tanto, es de vital importancia encontrar la felicidad de uno mismo, pero también contribuir a que los demás también la encuentren. Cómo conseguirlo es la cuestión.

Rasgos de la sociedad actual

La sociedad actual debería, en teoría, regirse por el utilitarismo (según gran parte de los filósofos analistas actuales) y, por tanto, estar basada en una estrecha relación entre el hedonismo que persiga la felicidad personal y un altruismo que permita a los demás ser partícipes de esta: “El mayor bien para el mayor número de personas” (Bentham). Sin embargo, la sociedad actual tiende a desequilibrar esta balanza hacia el lado del hedonismo más egoísta.

Cada cual se preocupa únicamente de sí mismo, olvidándose de los demás, e incluso, en algunos casos, buscando su mal para favorecerse a sí mismo y haciendo que “el hombre sea un lobo para el hombre” en palabras de Hobbes. Esta sociedad egoísta, ya descrita, busca incansablemente esa mejora personal, ese incremento en el nivel de vida propio, siendo pocos los que ponen la dignidad de los demás por delante de sus propios intereses.

El progreso científico

En la actualidad, las ansias personales de enriquecimiento en busca de la felicidad (entendida como utilidad personal, en el sentido más rancano del utilitarismo) utilizan todos los medios de mejorar de que disponen. La sociedad, cuyos valores están en decadencia por este egoísmo, emplea el progreso científico para perseguir sus intereses.

Relación progreso científico-progreso moral

Es, por tanto, el progreso científico y tecnológico, un arma usada por la sociedad en su propio beneficio. Se podría discutir sobre cuál es el sentido de la relación: si es la sociedad la que “estropea” el progreso científico o es éste el que resta valores a la sociedad, es decir, cuál es la causa y cuál el efecto.

Si basamos la pérdida de valores en la sociedad, como ya hemos hecho, en una visión hedonista de la misma por ser esta pérdida una circunstancia histórica que

podemos remontar a tiempos más antiguos que el método científico propiamente dicho, entonces debemos pensar que la injusticia social dirige la ciencia y el progreso, en los campos que desea y que, por tanto, es el dinero (las subvenciones) el que hace que el progreso científico se encamine en una dirección u otra.

Así, nos planteamos el porqué de que los presupuestos militares que después van a crear conflictos, son superiores a investigaciones sobre técnicas de tratamiento de enfermedades. Es, por tanto, la falta de justicia social la que pervierte el progreso situándole en las posiciones en las que le interese. Es probable que, posteriormente, sea el progreso desequilibrado el que impida una reestructuración más justa de la sociedad, creándose así una situación de difícil solución.

En conclusión, la pérdida de valores en la sociedad, por la caída de ésta en el egoísmo, ha hecho que el progreso científico y tecnológico se encamine hacia vías que dificultan recíprocamente la creación de una sociedad más justa.

Delia González Escudero

IES Fray Pedro de Urbina, Miranda de Ebro (Burgos)

A través de una carta imaginaria, la autora presenta una reflexión polarizada en torno a la investigación biomédica, resaltando no sólo las diferentes posiciones, sino las consecuencias que la toma de postura personal pueden traer a la vida cotidiana de las personas y sus relaciones con los demás.

¡Hola!

Hacía mucho que no te escribía, la verdad es que desde la última carta me ha dado un poco de miedo hacerlo. Sé que no es fácil para ti. Me conoces de toda la vida, siempre hemos estado juntas y después sucede esto.

Dices que vivo en una cápsula, en una burbuja, eso es mentira. He ingresado en el Opus dei, sí, ¿y qué? Mi vida sigue siendo la misma. No compartimos las mismas creencias, lo sé, pero eso no implica que haya cambiado, que no sea la misma.

Me has dicho tantas cosas en la carta. Al principio me daba miedo abrirla, pensé “con lo poco que le gusta el Opus, más que una carta parecerá una crítica”. Y así ha sido. Más que escribir a una vieja amiga, parece que atacas a una rival. No me han comido la cabeza, como entre líneas dejas ver, por eso te voy a informar, para que tengas una visión más amplia y no te pongas a la defensiva conmigo:

Todo comenzó una noche. Venía hacia casa con mi padre y yo miraba por la ventana. Ausente, vi imágenes y más y más imágenes. Vi campos mustios y chalets apilados unos junto a otros, y urbanizaciones y un cartel roto tirado en el césped. Coches aparcados en doble fila y restaurantes chinos donde vendían comida tailandesa. McDonalds y pizzerías y vi gente triste y gente feliz. Vi alegría y pena, y pobreza, y vi mi vida pasar tan rápido como veía los árboles desaparecer por la ventanilla. Fue ese día, sí, ese día fue en el que noté a mi corazón inquieto, me reclamaba algo, no sabía qué.

Los meses siguientes me encontraba muy sensible, todo me afectaba y decidí indagar, descubrir la inquietud que me dejaba en una penumbra que ni yo misma comprendía. Entonces

fue cuando conocí a Dios. Él se presentó en mi vida para ayudarme, me prestó sus ojos para ver el mundo de distinta manera, y ahora quiero compartir esa visión contigo, Carla. Estás estudiando ingeniería genética, lo sé. También sé que estás quemada, enfadada y disgustada con la Iglesia, porque tantísimas veces, con ese desdén desmesurado que te caracteriza, me has contado, en un sentido tan íntimo como si fuera un problema personal tuyo, que la Iglesia está atrasando los avances científicos, que no deja progresar argumentos, diciendo que desde años atrás la Iglesia sólo ha detenido el avance y que, por supuesto, ahora sigue en su misma línea. Siempre me pones el mismo ejemplo: la experimentación con células madre.

Tu mayor ilusión es poder salvar vidas, y crees que a partir de la donación de órganos y la experimentación se conseguiría. ¿Seguro? Estás dedicando tu vida especializarte en este tema y recuerdo que nos pasábamos las tardes enteras discutiendo estos temas. En la carta me diste tu punto de vista, ahora me toca a mí.

Desde mi vida cristiana, considero que la clonación no sería utilizada con fines humanos, Carla. En cuanto se pudiese experimentar con células madre y clonar individuos, se clonaría descontroladamente. Podrían hacer ejércitos en masa, o a personas en gran número que ya antes de nacer tendrían su destino fijado. Ellos también tienen derecho a imaginarse su propia vida, ¿no crees? Hay un límite que no se debe cruzar, Carla. No creo que el hombre esté capacitado para experimentar con seres humanos. Estoy viendo la vida como una tienda: “A ver, a ver... ¡hola! Me gustaría tener un hijo y quiero que sea... ¿me enseña los colores de ojos que tienes? Y... ¿qué pelo cree usted que le iría mejor? Y me

va a dar también kilo y medio de inteligencia, y media docena de alegría.” Lo siento, esa es mi opinión.

Me dices que mi vida es de plástico, que es de color rosa, que hago y veo lo que quieren que vea y haga. Que mi vida no es real, que estoy viviendo en una residencia del Opus, alejada, como una nube en Marte. ¿Y eso? ¡Por favor, Carla! Somos amigas de siempre. ¡Cómo me dices eso! Claro que sé qué se cuece en el mundo, claro que sé que hay violencia, problemas políticos, corrupciones... te equivocas, por el simple hecho de haberme afiliado a una organización católica no convierto mi vida en “una idealizada película”. Tengo problemas y fallos, como el resto de seres humanos. Si estoy en la residencia no es porque quiera huir del mundo, no tengo miedo a nada. Estoy aquí porque no me gusta el modo de vida que tiene esa sociedad: todas las vidas son idénticas, vacías, sin fondo. Quiero progresar como persona, sentirme realizada, y yo, así, no puedo. No puedo ver en la televisión un canal donde todo lo que se anuncia es violencia, no puedo soportar ver a personas llorando por no tener una talla “38”, no puedo asistir a un colegio donde reinan las

“En cuanto se pudiese experimentar con células madre y clonar individuos, se clonaría descontroladamente. Podrían hacer ejércitos en masa, o a personas en gran número que ya antes de nacer tendrían su destino fijado. Ellos también tienen derecho a imaginarse su propia vida, ¿no crees? Hay un límite que no se debe cruzar.”

drogas. No puedo, Carla, no puedo. Necesito gente, personas, no máquinas construidas por la sociedad. Necesito mentes, ideas, comprensión, ayuda, opiniones críticas. No cabezas “pensantes” que son el resultado de unos fuertes medios

de comunicación y de una globalización brutal. En el Opus he encontrado todo esto. No te asustes, sigo siendo la misma: me siguen gustando las matemáticas, odio los chicles y mi escritor favorito es Rubén

Darío. Quiero hacerte reflexionar, quiero que Dios ocupe un hueco en tu corazón. Libérate de prejuicios piensa por ti misma, no dejes que te manipulen. Las cosas así van mal, no tienes más que echar un vistazo a tu alrededor. ¿La gente es feliz? Carla, tenemos que luchar porque esta sociedad avance y no retroceda, no te dejes engañar, la ciencia está muy ligada a la política y la tecnología a la manipulación. Me gusta que seas mi amiga, me ofreces opiniones variadas aunque antagónicas en todos los aspectos a las mías, sabes que las respeto. Sin más que decirte, y con un fuerte abrazo, me despido diciéndote antes que tienes que venir a ver la residencia, el Opus no es tan malo como dicen, no te dejes convencer por la sociedad.

María Cristina González García

IES Antonio García Bellido, León

En este ensayo se argumenta a favor de la neutralidad de ciencia y tecnología como instrumentos a la mano del ser humano. Sólo el uso que cada uno dé a estas herramientas determina su relación con la moral. Por otro lado, se apela a la responsabilidad de todos y se alerta ante la comodidad a que invita el mundo civilizado.

El bien máspreciado de cualquier ser humano es su propia vida. La naturaleza ha do-

tado a cada ser vivo de una serie de facultades determinadas, para que éste pueda sobrevivir.

Pero no debemos olvidar que, junto al instinto de supervivencia individual, se encuentra aquel que protege a cada especie. No es difícil darse cuenta de que la facultad que determina, diferencia o, en definitiva, hace único al ser humano es la razón. Sin embargo, no debemos abusar del uso de ésta y aislarla completamente de todo lo que le rodea porque, siendo esto así, podríamos considerar racionales las decisiones más crueles e inhumanas tomadas en la historia.

El mundo que nos rodea, el que nosotros mismos hemos ido modificando a lo largo de la historia, está sin duda estructurado con la ayuda de la lógica, del análisis objetivo y racional de cada uno. Pero ¿no se nos olvida algo? No podemos dejar a un lado nuestros propios sentimientos.

Estos son, en definitiva, los que dan sentido a nuestra vida, los que la caracterizan. Un ser humano no es un cerebro, sino un corazón. Y la ciencia, por sí sola, no comprende las consecuencias que en cada ser humano provoca. Podemos comparar-

lo, por ejemplo, con un lapicero. Es un instrumento que nosotros mismos hemos creado y el cual podemos utilizar para hacer grandes cosas, pero ¿y si no es así? Si Cervantes lo utilizó para dar vida a su gran obra, nuestro “lápiz” se transforma en algo maravilloso, pero si con él se dibujan los planos del edificio de un campo de concentración nazi, vemos que antes nosotros hay un arma en potencia.

Algo similar ocurre con la ciencia, con la tecnología, con todos los avances que se crearon con el fin de favorecer al ser humano. Hemos creado un monstruo y ahora debemos domesticarlo. Un trozo de grafito no sabe qué consecuencias tiene su uso y un nuevo descubrimiento

no decide “desaparecer” cuando lo van a emplear para hacer daño a alguien.

Ahora bien, mucha gente, incluso usted mismo, podría pensar “¿qué tiene que ver eso conmigo? ¿acaso he ayudado yo a crear la bomba atómica? ¡Esa es responsabilidad de los investigadores! ¡Y de los políticos! ¡Yo sólo quiero que me hagan las tareas de la casa! ¡Y más medicamentos para no estar nunca enfermo! Craso error. ¿No ve que el mundo está en sus manos? Cada día se cruza con decenas o tal vez incluso cientos de personas. ¿Qué ocurriría si todos pensarán igual?

Es imposible vivir aisladamente. Cada decisión que toman nuestros congéneres nos afecta. Nadie verá nunca hermoso un palacio en una

ciénaga. Así es que ¿por qué no asume que este problema también es suyo? El siglo XXI está siendo el siglo de las telecomunicaciones por excelencia; pero, siendo esto así, ¿cuál es la causa de este individualismo?

¿Por qué nadie hace nada por ayudar a quien

“Es imposible vivir aisladamente. Cada decisión que toman nuestros congéneres nos afecta. Nadie verá nunca hermoso un palacio en una ciénaga. Así es que ¿por qué no asume que este problema también es suyo? El siglo XXI está siendo el siglo de las telecomunicaciones por excelencia; pero, siendo esto así, ¿cuál es la causa de este individualismo? ¿Por qué nadie hace nada por ayudar a quien está viendo en problemas?”

está viendo en problemas? Podemos acercarnos a un periódico y leer. Nos enteramos de cada descubrimiento, cada decisión, cada desastre o cada muerte. Pero no hacemos nada. En un país de Oriente Medio han sido asesinadas 20 personas, pero nosotros sólo criticamos la atrocidad, nos lamentamos durante unos segundos y pasamos la mirada a otro artículo.

Usted me preguntará, ¿qué tiene esto que ver con el tema propuesto? ¿En qué interviene la ciencia? Podría hacer alusión a las armas que dieron muerte a esas personas, referirme a la revolución de las telecomunicaciones, que nos permiten conocer la noticia. Podría incluso afirmar que los mayores avances científicos se pro-

dujeron para hacer la guerra; pero no cambiaría nada.

Sin embargo, sí considera de extrema importancia el sillón de su salón, su aspirador, su lavadora, el grifo de su cocina, el techo de su casa, el ordenador con el que “pasa el tiempo” cada día, su ropa, sus zapatos, esa estantería llena de libros que seguramente tendrá... No creo equivocarme demasiado al pensar que usted “vive bien”. Puede sentarse cómodamente en su sillón y ver el programa de televisión que le gusta. Enciende la calefacción, alarga la mano para coger una cerveza fresquita y no importa lo que ocurra al otro lado de la pared que le aísla del resto del mundo.

Si alguien le pregunta su opinión acerca de un asunto de interés mundial, usted intenta resolverlo de una forma práctica, toma una serie de decisiones con unos criterios casi matemáti-

cos y se vuelve a su casa a darle un beso a su pareja o a su hijo. Pero, ¿qué ocurre con los demás? Desde el mundo desarrollado, en el que la mayor preocupación de una persona es saber “con quién irá de vacaciones este verano”, nos estamos olvidando de que cada ser humano es un fin en sí mismo. La ciencia y la tecnología nos han dado tantas comodidades que no recordamos los sentimientos que experimentamos “aquel día que la nieve nos impidió salir de ese pueblo, del cariño con que me trataron esas personas con las que compartí esa experiencia...”

No podemos olvidar que no en todas partes tienen tanto como nosotros. No podemos olvidar que lo más valioso en el planeta es “el ser humano”.

Diego Iglesias Febrero

IES Jorge Manrique, Palencia

En el ensayo se destaca la importancia de que los científicos e investigadores tengan una sólida formación, defendiéndose la necesidad de que su actividad se desarrolle al margen de los poderes políticos o económicos. A menudo, la buena o mala utilización de la ciencia puede depender más del entorno social y educativo en que crece el científico que de su libre determinación. Por eso, se concluye con una defensa de la libertad como condición clave de la formación de los individuos, sin la cual la ciencia estará sujeta a la manipulación.

La ciencia y la tecnología han experimentado un desarrollo casi exponencial desde finales del Renacimiento. Desde que Copérnico escandalizara a la Iglesia con su teoría heliocéntrica, y sus coetáneos hicieran también importantes descubrimientos, la ciencia se ha ganado muchos enemigos, principalmente de la Iglesia.

Pero a partir del siglo XVIII, con la llegada de la primera Revolución industrial, también el pueblo comenzó a vislumbrar una influencia negativa de la ciencia en la sociedad. Así, con la introducción de la máquina de vapor, muchos obreros de las fábricas fueron despedidos. Y, peor todavía, ya con la segunda Revolución in-

dustrial, el desarrollo de industria armamentística para las grandes guerras contemporáneas demostró que la ciencia podía causar estragos en el mundo.

He enunciado en primer lugar la parte negativa de la ciencia, porque parece que la positiva nos queda clara a todos: impresionante desarrollo de la medicina que ha permitido salvar millones de vidas, gran desarrollo económico que ha facilitado en gran medida la vida de algunos ciudadanos... Se podría elaborar una larga lista.

De todo esto se deduce que la ciencia, en malas manos, conlleva unas consecuencias nefastas. Si los científicos continúan supeditados al

poder político, habrá más violencia y destrucción, pues las armas son cada vez más perfectas y destructivas. En los científicos hay que confiar, en su sano juicio y valoración moral. Si están bien instruidos, y nadie que tenga el poder les da órdenes, contribuirán a crear una sociedad más justa, fácil, y se podrán minimizar las diferencias existentes entre los países acomodados y los subdesarrollados. Pero si en lugar de eso los científicos son controlados por personas que sólo ansían poder, que hacen interpretaciones absurdas del concepto de superhombre de Nietzsche –por ejemplo-, en ese momento, la ciencia dificultará e impedirá el progreso estético, ético y social.

Afortunadamente, hoy en día los estados poderosos dicen ser “bienhechores”, y al menos el progreso científico suele ser positivo. Con todo, siempre hay seres humanos que se aíslan y se crean su propia tecnología, aludiendo a unas creencias que en general, si no siempre, son interpretaciones arbitrarias de unos ideales descritos alguna vez por alguien importante. Estoy hablando de los terroristas. Hoy en día están de moda los de la zona de Oriente próximo (no me gusta llamarlos islámicos ni musulmanes), pero sean del lugar que sean, todos obedecen firmemente una interpretación curiosa de alguna idea. Ellos se fabrican su propia ciencia, para lograr sus objetivos, justificándose cualquier medio: parece que aunque libremos a los científicos de poderosos locos, no nos libramos de los locos con ansias de poder.

Y es que cada uno tiene sus criterios de moral, su escala de valores, siempre construida después de haber sido influenciada por dogmas y creencias arraigadas: la diferencia es cuánto ha sido influenciada en escala; la de los terroristas, bastante. Pongamos el ejemplo de Al-Qaeda: ellos nacen en un tipo concreto de familia, crecen en el seno de un grupo social radicalizado, que les instruye de una determinada manera. Otra persona que viva en un país teóricamente avanzado, por ejemplo Japón, sufrirá una menor influencia en esa escala: sí, nacerá y será educado en unos ámbitos determinados, pero tendrá más oportunidad de leer y de tener un pensamiento más libre.

Paréceme que esto último confluye con las teorías deterministas, y, al fin y al cabo, es cierto; un científico contribuirá al progreso o al retroceso según su ámbito espacio-sociedad. Esto enlaza con mi conclusión. Creo que el científico favorece o impide el progreso ético y

“Creo que el científico favorece o impide el progreso ético y social según en qué tipo de sociedad haya sido educado. Generalmente, aquel que haya tenido una mayor libertad para hacer uso de la razón y establecerse su propia escala de valores con el menor dogmatismo, favorecerá dicho progreso. Por el contrario, ese otro que ha sido tremendamente influenciado por el ambiente, dificultará un avance ético de la sociedad. El ser humano no es bueno ni malo por naturaleza, pero sí individualista, y como desea el progreso suyo y de sus allegados, a veces no favorece el progreso en general de la humanidad.”

social según en qué tipo de sociedad haya sido educado. Generalmente, aquel que haya tenido una mayor libertad para hacer uso de la razón y establecerse su propia escala de valores con el menor dogmatismo, favorecerá dicho progreso. Por el contrario, ese otro que ha sido tremendamente influenciado por el ambiente, dificultará un avance ético de la sociedad. El ser humano no es bueno ni malo por naturaleza, pero sí individualista, y como desea el progreso suyo y de sus allegados, a veces no favorece el progreso en general de la humanidad.

La autora asume como punto de partida que el progreso es inevitable e imparable, e incluso llega a sugerir la incompatibilidad de ciencia y moral. La ciencia va siempre más allá de la moral, algo que los propios científicos no pueden evitar, pues los posibles beneficios derivados de la actividad investigadora parecen justificarlo todo.

Si hay algo claro, podríamos decir que es el hecho de que contamos con un progreso inevitable, independientemente de su carácter científico o moral. Ese progreso viene dado por las condiciones vigentes en cada uno de los períodos, por encuadrarlo es un espacio temporal de la historia de ese progreso.

Y es que es incompatible la situación moral a lo largo de los siglos. Incluso no hemos de retroceder demasiado en el tiempo para comprobar los giros a los que hemos sometido nuestro razonamiento. Todos éstos siempre condicionados por el entorno en el que se desenvuelve el ser humano.

Siempre desde una posición totalmente subjetiva, me atrevería a decir que ciencia y moral no pueden llegar a ser compatibles. Ambos campos son excesivamente amplios, tanto que no podrían tener cabida en un mismo espacio concreto si éste lo hubiera. El hecho de llevar a cabo una investigación científica conlleva implícitamente un riesgo moral que, de forma indirecta, incumbe tanto a científicos como a los que en un futuro podremos beneficiarnos de tal experimento. ¿Es éticamente admisible la investigación experimental con seres humanos? Probablemente no lo sea, claro que igual deberíamos plantearnos el

dejar por un momento nuestra moral a un lado y tener en cuenta los adelantos que su realización podría suponer, ya sea para encontrar un fármaco y dar remedio a una patología que se creía incurable, o simplemente para ampliar nuestro campo de conocimiento sobre la fisiología humana.

En cuanto a lo que la violencia respecta, considero que en ese ámbito sólo tiene competencia el razonamiento ético. No sólo el del agresor, sino también el de aquellos que impar-

ten (o no) justicia sobre éste. Vivimos en un mundo en el que parece que el “¿para qué discutir si podemos pelear?” es el único lema que parece calar socialmente. El diálogo deja paso a los golpes y a los insultos y esto parece imparable. La ley del más fuerte se hace un sitio y consecuentemente los más

débiles pagan las consecuencias sin que el progreso (científico o moral) pueda hacer nada por evitarlo. Sería absurda una búsqueda de culpables: ¿la educación? ¿la justicia que en ocasiones podríamos calificar de incompetente? Preguntas sin respuesta y con inútil solución. Quizá lo que deberíamos pararnos a pensar es qué es lo justo y lo injusto, y en definitiva lo que es ese progreso del que hablamos.

“¿Es éticamente admisible la investigación experimental con seres humanos? Probablemente no lo sea, claro que igual deberíamos plantearnos el dejar por un momento nuestra moral a un lado y tener en cuenta los adelantos que su realización podría suponer, ya sea para encontrar un fármaco y dar remedio a una patología que se creía incurable, o simplemente para ampliar nuestro campo de conocimiento sobre la fisiología humana.”

El autor adopta la perspectiva de la historia de la filosofía para responder al problema de la relación entre ciencia y moral. Construye una defensa convencida de la ciencia y la tecnología, complementada además con ideas de filosofía política. Pese a los riesgos propios de la actividad emprendida por todo ser humano, se afirma la capacidad de la razón y la libertad para garantizar el progreso.

La cuestión de las relaciones entre la ciencia y la filosofía, y por lo tanto la ética como parte inherente de ésta, han dado lugar a multitud de planteamientos desarrollados en distintas épocas por los grandes autores y filósofos de nuestra historia.

Evoca ahora mi mente el recuerdo de tres hombres, Tales, Anaxímenes y Anaximandro; hay quien los considera los tres primeros filósofos, y sin embargo su labor no consistió más que en plantearse de dónde venía el mundo, pues las explicaciones de carácter mitológico no satisfacían su afán de saber. Cada uno de ellos con sus teorías contribuyó a romper con todo ese escenario de dioses olímpicos y buscar explicaciones razonables para comprender el funcionamiento del mundo. Pero estos hombres no estaban haciendo filosofía o por lo menos la filosofía como se entiende en nuestros días. Ellos eran científicos, y se apoyaban en hechos concretos para encontrar sentido a sus teorías.

A partir de ellos el desarrollo de la ciencia se ha vinculado a la moral personal y colectiva de manera sorprendente. Desde la idolatría por los números pitagóricos hasta el convencionalismo de leyes y normas de los sofistas, deteniéndose en el intelectualismo moral de Sócrates, el primer gran pensador de la historia. Para este hombre de ideas geniales, la moral y voluntad humana no eran sino el fruto del conocimiento, y solamente alcanzando el conocimiento del bien se podría obrar bien, pues no quedaría más remedio que obrar así. Por lo tanto, para él, el progreso en el conocimiento determinaba la actitud humana ante la vida de manera irremediable. Por ejemplificar esta teoría, imaginemos

que un hombre descubre el fuego; en ese conocimiento del fuego estaría obligado a compartir su saber con el resto de los hombres. Por lo tanto, para él, el progreso científico estaría estrechamente relacionado al desarrollo moral. Es una pena que siglos después Guillermo de Ockham desmontara su teoría, haciendo ver que la voluntad predomina sobre el entendimiento.

Siguiendo con los antecedentes históricos de esta cuestión es inevitable tratar el tema de la religión y la escolástica. La Edad Media se ha caracterizado por ser un período sin gran desarrollo científico. Esto puede deberse a que las distintas religiones veían desplazado su poder si había un amplio campo de investigación. El problema de este período fue que la filosofía se supeditó a la religión: San Agustín, Sto. Tomás... trataron de buscar un vínculo de unión entre filosofía y religión sin darse cuenta de que por aquellos tiempos la religión sí era lo que Marx decía, un elemento de sometimiento por parte de unos pocos para así mantener su poder. En este caso es curioso ver cómo la falta de avance científico provocó un estancamiento de la moral.

En este sentido, me gusta comparar la relación desarrollo científico y moral con una presa. Imaginemos que la moral es el agua y la ciencia son las compuertas; tan sólo una modificación en la apertura de las compuertas puede cambiar el caudal de agua que circula.

Por suerte, la escolástica acaba con Ockham ya llegados al Renacimiento, y se inicia un proceso imparable de desarrollo científico e intelectual que lo cambia todo. Están en el mundo, caminando con soltura, los Galileo, Kepler, y un jo-

ven Newton. Se ha iniciado el método científico y los avances en el campo del saber aumentan a pasos agigantados. Como me gusta decir, “empezaron a escaparse unos cuantos corredores del pelotón”.

Y entonces llega la Ilustración, el periodo histórico donde se respira aire de razón en toda Europa. Es en este momento cuando encontramos la prueba evidente de la relación moral-ciencia. La razón llega a todos los hogares, las ideas de libertad garantizadas por el pensamiento proporcionaron alas a un pueblo francés oprimido: se inicia la Revolución. La gente ya no siente el peso del pecado, sino el alivio de la razón. Ya nadie se somete a nadie, cambian los valores y a Luis XVI le “cortan la cabeza”. “Adiós, Antiguo Régimen”.

A partir de entonces cada tendencia es más liberal que la anterior, llegarán a decir algunos anarquistas que el hombre es bueno por naturaleza. Se pedirá el gobierno del proletariado y se iniciará un existencialismo patente en las universidades, sobre todo francesas. La juventud universitaria piensa, y quiere cambios: ¡Qué gran

“Y así llegamos a nuestros días, cuando se plantea el problema de las células madres y la clonación. Se oye decir a la gente: “Estamos alcanzando los límites de Dios” ¿No pensarían acaso lo mismo los contemporáneos de Newton?”

paradoja: las fuentes del saber son los lugares donde se manifiesta ese cambio moral y de pensamiento!

Y así llegamos a nuestros días, cuando se plantea el problema de las células madres y la clonación. Se oye decir a la gente: “Estamos alcanzando los límites de Dios” ¿No pensarían acaso lo mismo los contemporáneos de Newton? Seguimos abriendo las compuertas del embalse, aún queda mucho por abrir. Parece claro que dentro de esa agua que salvaje arremete contra las puertas pueden existir elementos insanos. Sin embargo, ya han existido los Hitler, Mussolini, y han sido vencidos. Hemos estudiado grandes monarquías represoras pero han sido derrocadas. El mal se hace presente en nuestro mundo como elemento indispensable, pero al final hay que creer que, como en los cuentos infantiles, el príncipe y sus soldados saldrán victoriosos. Y ahora acabo este ensayo habiendo querido promover la ciencia y su desarrollo, consciente de los males, pero con la promesa de que si la ocasión lo requiere: “volvemos a tomar la Sorbona de París.”

María del Río Herrero

IES Ramos del Manzano, Vitigudino (Salamanca)

La autora presenta una visión crítica de la ciencia: reconoce sus limitaciones (problemas ecológicos asociados a la investigación, desigualdad...) pero también alaba sus virtudes (calidad de vida). Ante esta oposición, predominan las ventajas sobre los inconvenientes. El gran problema de las consecuencias de la ciencia no reside en ésta como tal sino en la utilización que el ser humano hace de la misma.

La ciencia se ha desarrollado, actualmente, de forma espectacular y está abarcando todos los ámbitos de la sociedad. Pese a estos logros, la ciencia plantea muchos interrogantes, ¿hasta

dónde será capaz de llegar la ciencia? ¿Sobrepasará los límites de la dignidad humana?

Especialmente en la antigüedad la ciencia tenía un perfil demasiado negativo. Todo progreso científico parecía ser perjudicial, debido,

sobre todo, al poder que ejercía la Iglesia sobre cualquier avance que surgía. Más adelante, tras la aparición del método científico, los nuevos descubrimientos y la disminución paulatina del poder de la Iglesia, la ciencia se ha ido abriendo camino a través de todos los aspectos sociales. En la época de la revolución industrial la ciencia también adquirió un perfil extremadamente pesimista, ya que las nuevas máquinas quitaban el trabajo a los obreros, lo que originó una gran miseria.

Pero, ante todo, la ciencia ha conseguido facilitar la vida de las personas, así como mejorar su calidad de vida y ofrecerle un mayor bienestar. El problema es que sólo ha beneficiado a unos pocos, ya que existe una gran dicotomía entre los países desarrollados y los subdesarrollados que no poseen las nuevas tecnologías. Es una verdadera pena ver los límites a los que ha llegado el ser humano, teniendo recursos para todo el planeta deja morir a millones de personas. Yo, personalmente, mantengo una postura bastante diferente a la de Hume, cuyo absoluto escepticismo lo llevó a una desconfianza total de la ciencia. Yo creo fielmente en la ciencia y estoy convencida de que nos llevará a mejorar nuestra vida de un modo deslumbrante. Gracias a ella, seremos capaces de prolongar nuestra existencia debido a nuevos avances como la clonación que está originando

tantos conflictos morales en la actualidad, o como la cirugía asistida por robots que facilita las intervenciones y evita contagios entre médico y paciente. Además, pronto se conseguirá desarrollar nuevas energías como el nuevo reactor nuclear, que proporcionará energía suficiente a todo el planeta.

Sin embargo, aunque la ciencia esté alcanzando un nivel espectacular, también está generando graves problemas tanto ambientales, como la enorme contaminación que está provocando el efecto invernadero, como humanos, por ejemplo la guerra entre países para conseguir energía. Pero el problema no es la ciencia sino el ser humano, la codicia, la envidia, el ansia de poder, la intolerancia que tantas veces ha origi-

“Sin embargo, aunque la ciencia esté alcanzando un nivel espectacular, también está generando graves problemas tanto ambientales, como la enorme contaminación que está provocando el efecto invernadero, como humanos, por ejemplo la guerra entre países para conseguir energía. Pero el problema no es la ciencia sino el ser humano, la codicia, la envidia, el ansia de poder, la intolerancia que tantas veces ha originado conflictos sigue haciéndolo ahora en el ámbito científico.”

nado conflictos sigue haciéndolo ahora en el ámbito científico. La violencia no esta causada por los nuevos inventos (juegos cargados de violencia, imágenes televisivas, aunque también tengan su influencia) sino por el deseo de cada individuo de superioridad, de ejercer el poder sobre los demás, de resaltar dentro de la sociedad.

Cuando el ser humano sea capaz de no pensar solamente en sí mismo, sino de ser solidario, el mundo se convertirá en un lugar fantástico, donde todos podremos convivir y ser felices, ya que “el sueño de la razón crea monstruos”.

Partiendo del afán de saber como uno de los rasgos constitutivos del ser humano, la autora realiza una reflexión sobre la relación que existe entre el fanatismo y la ciencia, y cómo esta última es la mejor solución ante las situaciones de enfrentamiento. La ciencia y la tecnología contribuyen, desde este punto de vista, a construir sociedades más abiertas y tolerantes.

Hoy en día esta cuestión, desde mucho tiempo atrás, sigue vigente, fruto quizás de todos los ámbitos que abarca. El afán de saber es una de las características peculiares del ser humano. A través de él, nos hacemos libres y somos capaces de formar opiniones y diferentes puntos de vista. También resolvemos los dilemas que se plantean actualmente y que se plantearán y con ello, nos desarrollamos cultural y socialmente. Opino muy necesario este progreso científico y tecnológico y no creo que frene el desarrollo de la ética, la estética o directamente, de la sociedad. Más bien todo lo contrario. Pensemos, por ejemplo, en el terrorismo internacional llevado a cabo por el fundamentalismo religioso. En los países islámicos se han desarrollado numerosos conflictos de este tipo. En ciertas culturas africanas la mujer “no tiene derecho al goce y disfrute del placer” y por ello se le realiza la llamada ablación del clítoris; su opinión no vale ni la mitad que la de un hombre. Se trata de religiones y culturas claramente misóginas. Pero ¿qué pasaría si un ser humano del siglo XXI entrara en una máquina del tiempo y retrocediera tiempo atrás? En el cristianismo podríamos hacer referencia a las cruzadas, la matanza a tribus o culturas primitivas, la Inquisición (que prohibía ciertos libros,

“Sin conocimiento, se tiende a defender ideas erróneas o incluso a dejarnos llevar por las corrientes del momento. ¿Acaso las bandas callejeras juveniles de las que tanto se habla actualmente tienen agallas para sentarse a debatir sobre sus ideales (si es que los tienen)? Sin duda, frente al radicalismo y el fanatismo es necesario el desarrollo científico y tecnológico.”

implicando el freno del avance del saber y, con ello, fomentaba la fácil manipulación de la sociedad), la persecución de las supuestas mujeres brujas en la Edad media... ¿Acaso creyeron a Galileo cuando dijo que la tierra era redonda? Un dato realmente curioso es que el islamismo niega la teoría de la evolución.

Fue necesario un proceso de secularización para formarse un estado aconfesional en el que las normas básicas se rigen en torno a las necesidades que demandaba la sociedad, no en fundamentos teológicos. En una sociedad cívica se respeta tanto a los creyentes como a los no creyentes. Las éticas religiosas y/o laicistas acaban

desembocando en radicalismos, sin extremos y, por lo tanto, malos. Estamos llegando a un punto verdaderamente preocupante: están apareciendo brotes fundamentalistas hasta en las supuestas religio-

nes pacifistas como el budismo o el hinduismo. La sociedad islámica aún debe desarrollarse. No podemos olvidar las aberraciones sometidas en el pasado en nombre de otras religiones.

Si tenemos en cuenta que los fundamentalistas e incluso las propias religiones, frenan el avance científico y tecnológico –como por ejemplo el uso de la clonación con células madre embrionarias, que ayudaría a la curación de mu-

chas enfermedades— entonces no avanzaríamos nunca, no progresaríamos.

Sin conocimiento, se tiende a defender ideas erróneas o incluso a dejarnos llevar por las corrientes del momento. ¿Acaso las bandas calleje-

ras juveniles de las que tanto se habla actualmente tienen agallas para sentarse a debatir sobre sus ideales (si es que los tienen)? Sin duda, frente al radicalismo y el fanatismo es necesario el desarrollo científico y tecnológico.

Patricia Soria Revuelta

IES María Moliner, Laguna de Duero (Valladolid)

Para la autora, debemos ser conscientes de las dos dimensiones de la ciencia. Por un lado, mejora nuestra calidad de vida, pero por otro puede terminar convirtiéndose en una auténtica amenaza para la propia especie humana. La autora compara la situación del hombre actual con el hombre prehistórico, y llega a un veredicto que no es completamente satisfactorio para la ciencia y la tecnología: facilitándonos las cosas, la ciencia nos separa de la naturaleza, nos convierte en “extraños”.

Se nos ha planteado una pregunta bastante ambigua, está claro que la ciencia y su progreso afecta en más o menos porcentaje a la vida cotidiana de las personas, así como a su progreso moral. Llegados a este punto, la verdadera pregunta es: ¿cómo nos afecta, para bien o para mal? La respuesta a esta pregunta depende por completo de sobre qué parte o cuestiones de la vida te plantees.

Para muchas personas, el mundo es lo que es gracias al progreso científico; él es causa de nuestros conocimientos acerca de la realidad. Pero dichas personas no se detienen a observar que también puede ser la causa de la destrucción de dicha realidad. Las ansias de saber y conocer el mundo que nos rodea son las que mueven al ser humano a construir observatorios, laboratorios, etc. De igual modo son esas ansias las que llevan a otras muchas personas a sentirse orgullosos de la raza humana cuando, por ejemplo, conquista el espacio, descubre una especie animal o realiza una clonación.

Desde esta perspectiva la ciencia es sinónimo de conocimiento, de saberes que no conocíamos y que gracias a ella sabemos ahora. Es en este momento cuando el individuo se ve más

completo intelectualmente, cuando creemos que es mucho más racional.

Sin embargo, y totalmente contrarias a esta teoría, hay otras muchas personas que no entienden por qué para estudiar, por ejemplo, a una especie recién descubierta en la selva del Amazonas, se debe construir un centro científico destinado a ello que destruya miles de hectáreas y termine con el propio hábitat de la nueva especie. No encuentran explicación a por qué las personas, como animales mamíferos que somos (por lo que un nuevo individuo debe formarse en el interior de una matriz siendo su combinación de ADN única y exclusiva), podemos romper esa “norma” y clonar a personas “contra natura”.

Como se puede comprobar, el progreso científico puede favorecer el desarrollo humano en cuanto satisface su deseo de saber y conocer, pero también puede perjudicarlo puesto que para ello debe destruir o cambiar el sentido o motivo de su vida, ya sea arrasando la naturaleza o modificando la teorías del nacimiento de un nuevo ser humano, o su adjetivación de único e irrepetible. ¿Tenemos derecho a eso, acaso nos creemos amos del mundo o, por el contrario, lo

hacemos para conocerlo mejor y ver qué somos capaces de hacer en él con los propios conocimientos que nos otorga y que obtenemos gracias a la ciencia? Entonces, ¿le debemos todo a la ciencia, o es ella la que está en deuda con nosotros por esa naturaleza destruida o por quitarnos el derecho a ser únicos?

Si reflexionamos sobre estas cuestiones desde otra perspectiva, ¿seríamos capaces de salir de dudas? Por ejemplo, gracias al progreso de la tecnología, existen unas cámaras diminutas que nos permiten vigilar desde el móvil si nuestro hijo es o no maltratado por su canguro. Indudablemente, los padres de ese hijo están en deuda con la ciencia porque “protege” de algún modo a su hijo. Por otra parte y de nuevo gracias a la tecnología y su progreso existen cabezas nucleares que podrían terminar con la existencia del ser humano en caso de ser utilizadas. ¿Seguro que el progreso científico-tecnológico es tan recomendable?

Resumiendo, está claro que en épocas como la prehistoria era imposible tener la seguridad de que tu hijo estaría bien en la cueva donde le dejaste por la mañana, al alcance de cualquier animal salvaje, pero sí tenían la seguridad de que aunque pudieran perder a un hijo, ellos seguirían viviendo y tendría la suerte de tener ocio porque ninguna bomba nuclear iba a extinguir la raza humana. Es cierto que, por desgracia, ese segundo hijo sería diferente porque la clonación en esa época no existía, pero ese niño sería un hombre que viviría en una naturaleza pura, con aire fresco y no contaminado. Puede que como hombre ignore la existencia de agua en Marte y que desee conquistar el espacio y vea frustrado su sueño por culpa de que no hay progreso tec-

nológico, pero conocerá a todas las especies animales de un modo natural y sabrá cómo son porque los observará en su propio hábitat, algo mucho mejor que un laboratorio donde a dichas especies se les realizan experimentos. Es posible que, debido a esta falta de experimentación, nuestro hombre prehistórico desconozca que dicho animal le puede contagiar una enfermedad mortal, pero al menos cuando muera lo hace con la certeza de que su vida, al igual que él, son irrepetibles y que nadie plagiará su ADN porque entonces no se planteaban la clonación.

Realizada esta reflexión, ¿perjudica o favorece nuestro desarrollo como individuos el progreso científico-tecnológico? Porque bien es cierto que de algún modo nos facilita nuestro modo de vivir, ¿pero no lo hacemos de un modo mucho más artificial dependiendo de ese móvil, ese ordenador o ese microscopio, abandonándonos a esa felicidad y olvidando así el principio de la selección natural del mismísimo Charles Darwin, que afirmaba que sobrevivía el más fuerte. ¿Para qué luchar por esa supervivencia si puedo construir un robot que luche por mí?”

¿Para qué luchar por esa supervivencia si puedo construir un robot que luche por mí? ¿Para qué ser aquel ser humano de la prehistoria que únicamente dependía de la naturaleza si somos mucho más superiores ahora, que hasta la destruimos para vivir mejor?

La verdad, no lo sé. Es cierto que todo es más fácil si yo quiero decir a alguien que le quiero y esa persona está en Australia, cojo mi móvil de tercera generación y le envío un mensaje. Por amor, un prehistórico iría hasta allí, ¿no es más natural y mucho más romántico? Juzguen por ustedes mismos si la ciencia nos hace o no falta para vivir.

El planteamiento inicial de este ensayo pretende profundizar en la antropología: sólo sabiendo qué es el ser humano podremos determinar qué es el progreso y, por tanto, si la ciencia y la tecnología contribuyen al mismo. Las conclusiones nos recuerdan que el ser humano está caracterizado por la razón, la libertad y la dignidad, características que son cosificadas o directamente ignoradas por la ciencia. Ésta debería respetar ciertos valores humanos inherentes si verdaderamente queremos equiparar progreso científico y progreso moral.

Se podría decir que el avance tecnológico, hoy en día, puede tener dos puntos de vista: uno positivo y otro negativo.

El negativo estaría más centrado en la investigación con células madre, por ejemplo. Se ha dicho siempre que “el fin justifica los medios”, y es cierto que las células madre favorecen la cura de personas, pero ¿se justifica una vida por otra? La vida del ser humano no puede emplearse como un medio para conseguir un fin, cada persona tiene su propia vida, una vida única, irrepetible...

El ser humano tiene una dignidad y esa dignidad está formada por una serie de características, que hacen al hombre el “animal” superior, es el animal que razona (animal racional) y esas características que le hacen superior se las aporta “el sobrante formal”. El hombre es libre, es capaz de sobreponerse sobre sí mismo, marcarse unos objetivos... Es un ser excéntrico, capaz salir de sí mismo para poder reflexionar sobre las cosas de una manera objetiva y no subjetiva. Y esta excentricidad le permite incluso moverse en el tiempo.

¿Por qué puede el hombre moverse en el tiempo? Porque el hombre no es sólo materia, tiene unidad entre cuerpo (materia) y alma (espíritu). Si no existen las dos cosas a la vez, el hombre no existe (el dualismo no existe) ¿Cómo puede explicarse que el hombre sea materia y espíritu? El hombre es un animal superior, como se ha comentado antes, gracias a su “sobrante formal”.

Sin embargo, es el menor de los espíritus, es, por así decirlo, “el espíritu encarnado”. Y se analiza el término “espíritu”, no como término religioso, sino como alma, alma que poseen todos los seres vivos (siendo la del hombre la superior), porque el alma es el acto, la forma del cuerpo. Es lo que hace que un cuerpo sea de tal modo y no de otro. Y esa forma que organiza al cuerpo, que es materia, debe ser superior al cuerpo, lo que organiza es superior a lo que es organizado. Esa forma (alma) humana es muy importante en el cuerpo y le aporta nuevas características.

El hombre también posee un conocimiento consciente, es decir, es cognoscente, “cognoscente que conoce porque conoce que conoce”, explicado mediante un ejemplo: A Sócrates le duele el dedo porque sabe que le duele, si no lo supiera no le dolería. El hombre cae en la cuenta de que conoce y, además, conoce porque quiere conocer (tiene deseo de conocer). El hombre es racional, ese conocimiento que posee, sus propios actos... hacen que el hombre por ser como es se haga responsable de ellos. El animal, por el contrario, posee un conocimiento inconsciente, su capacidad de conocer es muy limitada. Por eso apenas (por no decir que en absoluto) responde de sus actos, se deja guiar por el instinto. El hombre posee inteligencia, que se ve reflejada en el conocimiento, y para realizar aquello que se plantea posee libertad, por la que puede sobreponerse sobre sí mismo e incluso proponerse objetivos. Y a esto hay que unir la voluntad para

realizar con libertad e inteligencia lo que se ha decidido. Después de enumerar las características más importantes del hombre, son los propios hombres los que tienen que valorar su propia vida: si no valoras lo que es tuyo no podrás valorar lo de los demás. Los científicos tienen que tener claro lo que realmente es el hombre, no sólo físicamente (materia), porque el hombre no es únicamente cuerpo. Es una unidad, también tiene forma, alma, de manera que si se quiere investigar en algo o con alguien primero hay que conocerlo a fondo.

Lo que ocurre es que muchas veces el hombre se ciega, a veces de manera inconsciente (se deja llevar) y otras veces porque quiere. No quiere saber qué ocurre en realidad, así se siente más tranquilo con su conciencia, pero eso no es lo correcto, porque vive en el engaño, en la mentira...

Los médicos que producen abortos se autoconvencen de que no están matando, que el embrión aún no es hombre, pero esto no es correcto. Con las células madre ocurre lo mismo. Se dice: “todavía no hay vida”, porque sería un gran cargo de conciencia pensar que se está investigando con vidas humanas, con toda esa dignidad humana insuperable.

El dinero, en la mayoría de los casos, es lo que hace que el hombre no quiera ver la realidad, la grandeza humana y prefiera quedarse en lo que en realidad no aporta nada, lo material, el cuerpo, lo físico. Si todos los hombres conociesen la grandeza del hombre en todos los sectores, no habría tantos abortos y el estudio con células madre igual ni existiría. Pero eso no ocurre hoy en día, el hombre, aún pudiendo, prefiere cerrarse, no ver más allá.

Todo lo comentado hasta ahora ha resaltado el lado negativo, pero también hay que ver el

lado positivo de las cosas. La ciencia ayuda al hombre, el avance tecnológico mejora su calidad de vida... Con la ciencia el hombre puede vivir más tiempo, han surgido nuevas curas, medicamentos, operaciones gracias al avance en los aparatos tecnológicos y es algo positivo el saber que se puede mejorar y alargar la vida de toda la humanidad. Con el avance tecnológico se va mejorando día tras día la calidad de vida.

Por eso, en cierta medida el progreso es bueno. ¿Y por qué este progreso sí es bueno? Porque no ataca la dignidad humana, la respeta, mejora la vida... No pone medios “malos” (por así llamarlos) para conseguir el fin, salvar vidas o aumentar el bienestar.

Todos los estudios y los trabajos deben tener una base ética y moral, porque si esto no se respeta, ¿qué se respeta? El hombre puede ir mucho más allá (excentricidad). Que ponga en práctica su conocimiento y así demostrará su propia dignidad. Si no se respeta la propia dignidad, no

se puede respetar la de las demás personas, es imposible. Si no es capaz de respetar porque el olvidarse “quién es el hombre” te aporta beneficios que además son materiales, como el dinero, entonces esa persona tiene muy poca calidad humana, no es capaz de dar de sí, se ciega en sus intereses.

En conclusión se podría decir que el hombre al poseer inteligencia, libertad, y voluntad, debe ser capaz de conocerse a sí mismo físicamente (cuerpo, materia) y espiritualmente (forma, alma). Y debe aplicar la ciencia de un modo positivo, donde lo que realmente importe sea la vida humana, pero la vida humana significa la vida de todos los hombres, incluso la del feto con el que se quiere investigar.